

MONTOYA, Pablo
Adiós a los próceres

Bogotá: Grijalbo, 2010.

Felipe Restrepo David

Colombia, 1982. Estudiante
de Maestría en Letras
Hispanoamericanas, USP.

LA LITERATURA HISTÓRICA COLOMBIANA, en su múltiple y desigual tránsito, ha legado a la tradición latinoamericana algunos retratos conmovedores y memorables sobre personajes repudiados o alabados, ficticios o reales, olvidados o vanagloriados, pertenecientes a la tradición nacional o universal. Tal es el caso de Bolívar, de García Márquez en *El general en su laberinto*; de Alar el Ilirio, de Álvaro Mutis en *La muerte del estratega*; de Geo von Lengerke, de Pedro Gómez Valderrama en *La otra raya del tigre*; de Genoveva Alcocer, de Germán Espinosa en *La tejedora de coronas*, cuyas historias trascienden la mera recreación de los hechos y de los caracteres para instalarse como nuevas perspectivas de la camaleónica verdad histórica y estética, a veces desde el tono nostálgico o irónico, o desde la intención carnavalesca o patética.

Ahora bien, durante la última década, en el panorama colombiano hay un curioso impulso para las novelas y relatos históricos y, entre los hallazgos y desaciertos, ya empiezan a despuntar algunos nombres con propuestas llamativas e inquietantes: William Ospina, recientemente Premio Rómulo Gallegos con *El país de la canela*, sobre el viaje de Orellana por el Amazonas; Enrique Serrano y sus cuentos de *La marca de España*, sobre la presencia árabe en la cultura hispánica; Fernando Vallejo, con su admirable biografía novelada sobre la vida y viajes del poeta colombiano Porfirio Barba Jacobs, en *El mensajero*; Álvaro Miranda y su evocación poética y fantástica de la muerte de San Juan de la Cruz, en *Un cadáver para armar*; Juan Gabriel Vásquez, también reciente Premio Alfaguara de novela, con *El ruido de las cosas al caer*, sobre la muerte del caudillo Jorge Eliécer Gaitán, en Bogotá.

Al lado de estos autores, juntos con otros bastante notables, ocupa un lugar importante Pablo Montoya (Barrancabermeja, Colombia, 1963). Desde sus primeras publicaciones (*Viajeros* y *La sed del ojo*) hasta su última novela sobre el destierro de Ovidio en Tomos (*Lejos de Roma*), uno de sus mayores intereses se ha centrado, justamente, en la literatura histórica – además de relatos y crónicas

alrededor de la música y la pintura –. Y es aquí donde tiene lugar este nuevo libro que continúa trazando su concepción de la historia como punto de partida para la creación, pero sólo como partida, pues la conjetura quiere ser también lo impredecible en el juego del laberinto, de la invención y la imprecisión; tradición que se remonta a Borges, a Yourcenar, a Graves, a Flaubert, a Scott.

Adiós a los próceres es una serie de 23 relatos sobre varias de las figuras que hicieron parte de ese complejo proceso histórico (tan risible como patético) llamado la independencia colombiana, y que seguro no dista mucho en semejanzas con las de otras naciones latinoamericanas (o patrias, para estar más a tono). Por allí desfilan, entre otros, Antonio Nariño, José Fernández Madrid, Francisco José de Caldas, Policarpa Salavarrieta, Jorge Tadeo Lozano, Francisco de Paula Santander, Pablo Morillo, entre muchos otros, cuyas estampas conforman el fresco nacional de la turbia historia política.

No obstante, en los relatos que sobresalen por su maestría narrativa y por la fuerza de su construcción dramática, oscilante entre la tragicomedia y la apología, hay dos especialmente bellos: los dedicados a Antonia Santos, campesina y guerrillera, y a Manuela Saenz, política y amante. En ambos se cuenta la historia completa en unas cuantas páginas, al modo de una novela comprimida que enumera las situaciones fundamentales, una tras otra, casi como un guión o un informe: del nacimiento a la educación (si la hubo), las aventuras amorosas, las desdichas, soledades y abandonos, hasta la madurez, las dolorosas traiciones, los fusilamientos y la triste ancianidad.

Ese matiz del relato biográfico, que se permite la distorsión, es uno de los encantos de esta escritura que, como dice el autor mismo en el Prólogo, es “imaginación abrazada a la invención apócrifa”. Así, más que a una historia, se asiste a la representación de un personaje, literalmente, de principio a fin, donde las escenas, los tiempos, los espacios e incluso el lenguaje están a su servicio.

Es una especial mezcla de Teatro y Enciclopedia, en el sentido de la escenificación y de la información que se brinda, que no olvida el dato concreto, específico, que dibuja una personalidad o un sentimiento en un gesto. De allí la deuda de *Adiós a los próceres* con *Vidas imaginarias* de Marcel Schwob, pues el formato y la estructura es el mismo desde el estilo; basta poner frente a frente las historias de “Antonia Santos”, del colombiano, junto con la de “Catherine la Randra”, del francés.

Pero Montoya se aleja en un detalle: el tono. Su intención siempre está dirigida a la parodia y al sarcasmo, a la demolición a través de la burla sin miramientos, al comentario escéptico y descreído de las glorias sempiternas nacionales, las estatuas y los monumentos, los mausoleos sagrados y los altares inaccesibles. Al hacer de la independencia colombiana una especie de espectáculo circense se descubren otras posibilidades de la interpretación histórica en la literatura; pues al poner a desfilar a sus personajes en otros vestuarios, con otros maquillajes y caminados que no son los suyos, hay un juego de máscaras y espejos que revelan movimientos antes no vistos, como la oscura humanidad de los ilustres héroes de la patria.

Si bien puede resultar refrescante, hasta necesaria, para la literatura colombiana una publicación como ésta en medio de las diversas, y disimuladamente oficiales, celebraciones de la Independencia en su Bicentenario (1810-2010), el mérito de *Adiós a los próceres* no se reduce a su coyuntura histórica, ya que si fuese así entonces su vida sería tan corta como un parpadeo. Lo cierto es que hay relatos, como el de Pedro Fermín Vargas, “El farsante”, o el de Salvador Rizo, “El pintor”, que pueden concebirse más allá del tiempo de sus personajes: inicios del siglo XIX. No sabría muy bien si logran universalidad en su fuerza narrativa, no obstante, sí pertenecen, por los planteamientos culturales, artísticos y políticos, no sólo al territorio colombiano sino al latinoamericano, de la misma forma que nos son cercanos los llanos de Juan Rulfo, los de Rómulo

Gallegos o los de Guimarães Rosa. Es verdad aquello de la heterogeneidad y la multiplicidad de la literatura latinoamericana, pero asimismo es innegable reconocer y detenerse en sus puntos de encuentro, que son diálogos permanentes y conflictivos: justo ahí su riqueza.

Adiós a los próceres aparece para confirmar la voz de Pablo Montoya que cada vez más se muestra como unas de las propuestas más serias, sólidas y poéticas en la literatura colombiana actual y, aunque sus publicaciones se extienden al ensayo, la novela, la poesía, y también a la crónica, es en el relato (breve y largo) donde empieza a dejar una huella digna de atención.

